

Marcos Aguinis

La gesta del marrano

BUENOS AIRES: PLANETA, 1992, 446 PÁGS.

Por: Darío Fajardo Montaña

En medio de la tragedia del desplazamiento forzado que hoy vive Colombia con magnitudes desconocidas hasta ahora, encontrar este libro del psicoanalista argentino, prolífico escritor alimentado por una profunda convicción humanista y libertaria, abre un amplio ámbito para la reflexión en torno al interior de las víctimas de la persecución y a los efectos que ella genera en su entorno.

La trama de esta novela histórica, expuesta en cinco libros nominados según los textos bíblicos, *Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio*, se teje en torno a los avatares de la familia del judío portugués de origen español, Diego Núñez da Silva, médico de profesión y maestro por vocación. Huyendo de las persecuciones que desató la Inquisición en su patria contra los judíos, a quienes ignominiosamente denominó "marranos", se estableció en el entonces Ibatín, hoy San Miguel de Tucumán, en esa época pequeño poblado indígena ubicado en márgenes de los dominios calchaquíes, en el noroeste argentino. Allí fundó su familia con Aldonza Maldonado, "cristiana vieja", como entonces denominaban a quienes no tenían antecedentes judíos ni moros, y con quien tuvo cuatro hijos; el menor de ellos, Francisco, es el eje del relato.



La tragedia, enunciada desde las primeras páginas, no empaña el dramático recorrido que concluye en Lima, en el "Auto de fe" de 1639. De la mano de don Diego, Aguinis traza un agitado recorrido por el que inicialmente se deslizan destellos de la historia de su hijo menor, por los vericuetos de esa sociedad construida poco a poco entre las ruinas de los pueblos ven-

cidos, a imagen y semejanza de la ruralía española y mortalmente atravesada por los acerados hilos de la Inquisición.

Los primeros años de Francisco Maldonado transcurren en el pequeño poblado, enriquecidos por las enseñanzas del médico, quien va adentrando a su hijo en la *Historia Natural* de Plinio, los poemas de Horacio y los escritos de fray Baltazar de Vitoria, hasta descubrirle el profundo secreto de su fe judía. Sus enseñanzas, atadas a los recuerdos de la vieja sinagoga española, intentan prevenirlo de las amenazas del "Santo Oficio" en cuyas manos cae finalmente luego de las innumerables trampas tendidas por el comisario de la Inquisición.

A partir de la captura de don Diego se precipita la desgracia de la familia, la rapiña de los inquisidores sobre sus bienes, su desmenbramiento, y el periplo de Francisco, que tiene momentos de dicha con el reencuentro en Chile con su padre. El viejo médico, pese a encontrarse con su salud vencida por la cárcel, las torturas y la aparente abjuración de su fe, retoma la formación de su hijo a partir de su sabiduría sobre el cuerpo y la enfermedad, íntimamente ligada a sus convicciones filosóficas, éticas y religiosas, y de la práctica sigilosa del ritual hebraico. Los episodios de esta odisea concluyen en el men-

cionado "Auto de fe" que, según el autor, pareciera haber sido el principio del fin del Santo Oficio en nuestras tierras.

Dentro del relato surgen los encuentros fortuitos del héroe con sus hermanos de fe, "flácida red de individuos en permanente fuga", y sus intentos de reconstruir la memoria de los tiempos gloriosos en los que se recreó en España, *Sefarad*, "las tierras del fin", la patria lejana: los ríos que les recordaban el Jordán, las sierras nevadas al Hermón, la cuna de sus mayores. Estas remembranzas de los judíos en España llevan, obligadamente, a un escenario de penosas reflexiones: fueron siglos de convivencia entre árabes, judíos y cristianos, cuando florecieron el califato de Córdoba, Averroes y el pensamiento de Maimónides. Fue la España de la Alhambra, de las matemáticas y la medicina, del estudio de los

clásicos griegos y latinos, de los desarrollos hidráulicos en Valencia, de los artesanos de la marroquinería y los aceros, de la riqueza y gracia de los *zocos*, de la pujanza de Granada y *Al Andalus*: un mundo mejor que el que luego impondría la alianza *godá* de los Reyes católicos y su proyecto homogeneizador de la hispanidad.

La pretensión de la uniformización de una sola lengua, el castellano, y de una sola religión, la católica, tan cara siglos después al dictador Francisco Franco, se impuso armada con el largo brazo de la Inquisición, y hasta allí llegó, por siglos, el avance de España. La expulsión de moros y judíos significó no solamente el destierro del extenso y complejo horizonte de cultura que había iluminado al Mediterráneo sino el desmantelamiento de las bases de un desarrollo económico, social y político

en la Península. Lo sustituyó el reino de la *mesta*, de los señores del ganado y del atraso, de la cruz y de la hoguera, que, como soldados, habrían de conquistar y dominar a nuestra América, haciendo del pillaje fuente de honra, del latifundio, expresión de poder y del fundamentalismo católico, religión del Estado.

Recordar hoy, con la conmovedora lectura de Aguinis, esta historia de infamia y persecución, de destierro y destrucción es un homenaje a sus víctimas, pero también un ferviente llamado a reflexionar sobre los largos siglos de atraso que nos ha costado esta pesada herencia. Y revivir esta memoria cuando cientos de miles de colombianos la padecen, nos debe motivar para erguirnos contra la exclusión y el despojo, que también empobrecen y envilecen a la sociedad que los permite π